

Entre la barbarie y la esperanza: *Un final para Benjamin Walter*

JUANA GALLARDO

El libro de Àlex Chico podría resumirse diciendo que es la historia de un viaje en el que el autor anda buscando a un filósofo, Walter Benjamin, y en su lugar se topa con un lugar, Portbou... Pero para entender en profundidad este símil es necesario hacer todo el periplo que él mismo realiza. Para empezar, Àlex Chico lo hace con una frase extraída del propio Walter Benjamin: "Para descubrir el sentido de la vida de un ser humano deberíamos tener la certeza de que podremos asistir a su muerte". Es decir, de alguna manera solo cuando se ha completado el círculo puede verse la calidad y el color del mismo. Àlex Chico, naturalmente, no pudo asistir a la muerte de Walter Benjamin, pero inicia su peregrinaje a Portbou para reconstruir los últimos días del filósofo, como si la posibilidad de la reconstrucción fuera un sucedáneo del verdadero final de Benjamin que le hubiera de permitir, efectivamente, comprenderlo mejor.

Chico no solo cumplió dicho objetivo, sino además otros insospechados que fueron apareciendo por el camino: por eso precisamente es aconsejable caminar, porque en el caminar se despliegan posibilidades inusitadas. Así, lo que en un inicio iba a ser el encuentro con el filósofo acabó convertido, como el propio autor señala, en el encuentro con un espacio, Portbou, un lugar caracterizado por la magia y la desolación de los lugares fronterizos: no es casual que las fronteras puedan ser a la vez lugares de encuentro y de confrontación.

A partir de un momento dado, el libro adquiere rasgos diaristas, de cuaderno de viaje, de ensayo... Se transforma en una mezcla de géneros, como señalan todos los críticos literarios. Muy pronto el autor descubre que no va a estar solo en su particular periplo, pues escribe: "... si lo pienso bien, no creo que existan los paseos completamente solitarios, porque siempre aparece una muchedumbre de ausentes". ¡Qué impresionante la imagen de pasear por lugares habitados por el fantasma de todos aquellos que en un momento dado los poblaron! Se asemeja a la obviedad de que todos vivimos sabiendo que detrás de nosotros están nuestros ancestros, que se fueron pasando la llama de la vida de unos a otros hasta que nos fue legada a nosotros.

Esta va a ser una convicción que el autor transmite con maestría: la idea de que no hay lugares solitarios. Àlex Chico confiesa que cuando se recorre un lugar a conciencia no solo se descubren las huellas que dejaron los que estuvieron antes que uno sino que, además, por una especie de sortilegio, de algún modo uno pasa a vivir lo que otros antes que él vivieron:

Al fin y al cabo, fui a Portbou buscando a alguien que estaba siendo perseguido por un ejército. Por eso no es tan extraño que yo, en ese lugar y a esa hora, también me sintiera amenazado. A veces resulta extremadamente complicado



liberarse de todas las fases previas, de todo lo que nos han narrado y de las imágenes que habíamos visualizado antes de encontrarnos frente a ellas. En ese lugar yo también era Hannah Arendt, Agustí Centelles o Alma Mahler. Y era, también Walter Benjamin.

Esta última idea también es una bondad del texto: uno no puede buscar a un exiliado sin encontrarse con todos los exiliados; no puede ir a la zaga de los datos de un refugiado concreto sin que se le vengán encima los cadáveres hallados en el Mediterráneo durante los últimos años -incluso los de aquellos no hallados, porque, como Chico dice en otro momento, no encontrar es también una manera de encontrar: ¿hay mayor hallazgo o dato más elocuente que constatar una ausencia? Esta idea, la de que ver a un refugiado es ver a todos los refugiados es retomada cuando, caminando por un sendero, Chico se encuentra con unos paneles que recogen imágenes de los republicanos españoles que huyeron de la guerra por aquel lugar:

En realidad, aquellas imágenes no eran muy distintas a otras instantáneas que podemos ver hoy en día. Tanto da que huyan de un país llamado España que de otro país con un nombre distinto. De Siria, por citar un solo ejemplo. Es el mismo trayecto, el mismo recorrido. Todos mantienen una cadencia parecida, un ritmo silencioso y cansino, el que les lleva a dar un paso, luego otro, y después les sobreviene el mismo agotamiento y más tarde se hacen fuertes, porque han visto a lo lejos algo similar a una salida, y detrás de ella otra distinta más lejana.

¡Ah, la barbarie...! La barbarie siempre. Pero la esperanza también.

A medida que el autor hurga y descubre rincones, sus hallazgos se amplían. Así sucede con la tumba de Walter Benjamin: cuando la encuentra, a Àlex Chico le sobreviene, como no podía ser de otro modo, el recuerdo de otras muchas tumbas:

Encontrarme frente a la tumba de Benjamin era encontrarme también frente a otras tumbas. La de Machado en Colliure o la de Bertolt Brecht en el cementerio de Doretheenstädtlicher Frieddhof de Berlín, en donde me entretuve hace unos años buscando las tumbas de Hegel y Heinrich Mann.

Y vuelve a esa idea de que cuando se busca de verdad, no se encuentra una sola cosa sino también todas las que se le parecen:

Por eso importa poco que la tumba de Walter Benjamin siga guardando sus restos. Lo que realmente debe llamar nuestra atención es esto: que ahí no solo reposa lo que queda de un hombre, sino la suma de restos y de personas que alguna vez huyeron de la barbarie.

La barbarie... ¡Qué bien expresada en ese fragmento de Walter Benjamin, extraído de su *Tesis de filosofía de la historia*, y que está grabado en la placa de mármol que supuestamente cubre los restos del filósofo! La frase reza textualmente: "No hay ningún documento de la cultura que no lo sea también de la barbarie". Los hombres quisiéramos vivir siempre en la luz, pero eso no es posible: nuestra sola presencia en ella proyecta una sombra, la sombra de la barbarie. La barbarie que llevó a Walter Benjamin a la muerte.

Àlex Chico nos va revelando poco a poco el alma de todo aquello que visita en busca de Benjamin -en realidad, en busca de cualquier refugiado, o incluso de sí mismo. El don de revelar el alma de las cosas solo lo puede tener aquel que ha respirado antes "el aura de esas cosas". Esta última es una feliz expresión de Chico, que tiene el poder de dar el nombre adecuado a cada experiencia. De cada monumento que visita, de cada espacio, Chico nos desvela su interioridad. Así ocurre con el memorial de Karavan, un camino de hierro que baja hasta el mar. A propósito del monumento escribe:

El memorial de Karavan es solo un tránsito, una promesa. Es la huida hacia delante de quien trata de escapar a toda costa, porque en ciertos momentos la supervivencia nos libera de la condena que supone elegir entre dos posibilidades. Hay una única salida y no hay marcha atrás. Solo un punto de luz que significa mantenernos con un poco más de vida. Una suma de voces que es una sola voz, una señal que al repetirse se dirige hacia adentro y nos transmite lo que conoce del exilio y la barbarie. Una voz que, a pesar del dolor y la soledad que acumula en cada palabra, en cada frase, también nos habla de la esperanza, de algo parecido a la esperanza.

Así escribe Chico y es así como logra que su libro tenga un efecto catártico sobre el lector, porque en él se condensan los efectos de la barbarie, efectivamente, pero los de la cultura también: comprende el lector así que la vida puede ser terrible en muchos momentos, pero también profundamente hermosa. Y a veces es trágica y sublime al mismo tiempo. No hay que pasar por alto el contenido de las líneas que hablan de que cuando la supervivencia está en juego, uno se ve liberado del juego diabólico de la elección, puesto que solo queda una salida y esta, casi siempre, es seguir adelante.

Bello es su recorrido por aquellos edificios, escribe, "que siguen en pie como por inercia y en los que nadie se atreve a intervenir por temor a que caiga sobre él un mal augurio". Es el caso de las aduanas, testigos mudos de un pasado glorioso de Portbou cuando todo fue vida y bullicio y que ahora es soledad y silencio. También el Hotel Belvédère du Rayon Vert va a provocar la melancolía que produce contemplar a la persona o al objeto que lo ha sido todo y que ahora es ya solo ruina olvidada.

Entretejida entre los demás hallazgos se encuentra la presencia constante de la guerra y del exilio, dos experiencias que, por desgracia, mantienen entre sí una

relación de necesidad, como la montaña y el valle, como Dios y la perfección, tal y como hizo notar Descartes. Cuando Chico visita el Coll de Belitres no puede dejar de pensar en todos los que por allí pasaron huyendo de la guerra fratricida española. Es en aquel sendero angosto donde se le hace evidente lo evidente:

La guerra convierte una vida cualquiera en una vida miserable. El exilio da un nuevo paso: no solo prolonga esa vida miserable, sino que borra de un golpe las razones de una existencia.

Una vida miserable, la de la guerra y el exilio, despojada de todo lo que de común caracteriza a una vida:

No existe el hogar, ni las rutinas, ni las pequeñas miserias que se van arrastrando en el transcurso de los días. De repente, casi sin aviso, no queda nada. En su lugar tan solo resiste todo lo que asegure la supervivencia, las pocas acciones que nos mantengan aún con vida. Respirar, seguir avanzando y no mirar atrás. Poco más que eso.

La vida, opuesta a la mera supervivencia, representa el antes y el después de una guerra.

Poco a poco el autor va cayendo en el embrujo de sentirse provisionalmente viviendo en un lugar que se acerca en realidad al no lugar, pues, como escribe, todas las fronteras son "lugares que no parecen tener más función que servir de paso, como si todo en ellos estuviera a mitad de camino entre un sitio y otro". Estos lugares están aun más sometidos que otros al señorío del olvido, y él se decide a escribir sobre Portbou porque lo sabe, porque es consciente de que es cierto lo que dijera Italo Calvino de que los lugares se pierden si alguien no escribe sobre ellos. De ahí que su proyecto inicial de perseguir las huellas de Walter Benjamin se vaya transformando, y que ahora persiga también las huellas que dejaron quienes pasaron por Portbou.

Y es que además sucede que Portbou le habla a Chico de sí mismo. Se cumple así el conjuro en el que se convierten los viajes más inesperados: un conjuro de descubrimiento pero a la vez de reconocimiento. Como escribe Jorge Carrión, citado por Chico, uno viaja a un lugar con el deseo de conocer algo nuevo y a veces ocurre que se encuentra no solo con lo nuevo, sino con algo propio que el viaje le revela y que antes desconocía. Tal sucede cuando se aborda la experiencia del viaje abierto en canal; entonces, por más insustancial que parezca, el lugar se nos abre en canal también, nos habla y nos ofrece una revelación que quizás pueda sernos útil.

No daré más datos del libro: lo interesante del mismo es ir desvelando paulatinamente su sentido. Dice el propio Chico que en uno de sus cuadernos, Walter Benjamin cita un texto de Baudelaire donde hace una descripción del *chifonier*, del trapero:



Cartografías, núm. 2, "Entre la barbarie y la esperanza:
Un final para Benjamin Walter", p. 46-50

“todo lo que la gran ciudad ha hecho pedazos, él lo cataloga, lo colecciona”. Esta explicación del traperero es también una explicación del oficio del poeta, porque a ambos les conciernen los desechos. En los dos existe una predilección por lo insignificante, por todos esos residuos deslucidos que se enmascaran tras el orden aparente de la ciudad.

No en vano Chico es poeta, y poética es la mirada con la que ha recorrido las calles de Portbou, sus rincones y su silencio. Ha ido recogiendo los desechos deslucidos de un lugar que tuvo su momento de gloria, salvándolo así del olvido. Reconstruyendo los últimos días de Walter Benjamin, con su texto Chico también ha contribuido modestamente a salvar a todos los migrantes, a todos aquellos que vagan por el mundo sin papeles ni documentación, rescatándolos del que es su destino más común: la desaparición y el olvido.